

vagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trajes. Lo cierto es que cuando volví á mi posada, fuí acompañado de una multitud de muchachos, mujeres, indios, indias y pobres rancheros, que no cesaban de preguntar á Andrés quienes éramos. Y él muy mesurado les decia: este señor es mi amo, se llama el Sr. Dr. D. Pedro Sarmiento, y médico como él no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo, me llamo Andrés Cascajo, y soy maestro barbero, muy capaz de afeitar á un capon, de sacarle sangre á un muerto y desquijajar á un leon si trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran á mis espaldas, porque yo afuer de amo no iba lado á lado con Andrés, sino por delante y muy grave y presumido, escuchando mis elogios; pero por poco me echo á reir á dos carrillos cuando oí los despropósitos de Andrés y advertí la serenidad con que los decia, y la sencillez de los muchachos y gente pobre que nos seguia, colgados de la lengua de mi lacayo.

Llegamos á la casa entre la admiracion de nuestra comitiva, á la que despidió el tio Bernabé con buen modo, diciéndole que ya sabian donde vivia el señor doctor para cuande se les ofreciera. Con esto se fueron retirando todos á sus casas y nos dejaron en paz.

De los medicillos que me sobraron, compré por medio del patron unas cuantas varas de pontiví y me hice una camisa y otra á Andrés, dándole á la vieja casi el resto para que nos dieran de comer algunos dias, sin embargo del primer ajuste.

Como en los pueblos son muy noveleros lo mismo que en las ciudades, al momento corrió por toda aquella comarca la noticia de que habia médico y barbero en la cabecera, y de todas partes iban á consultarme de sus enfermedades.

Por fortuna los primeros que me consultaron fueron de aquellos que sanan aunque no se curen, pues les bastan los auxilios de la sábia naturaleza; y otros padecian porque ó no querian ó no sabian

sujetarse á la dieta que les interesaba. Sea como fuere, ellos sanaron con lo que les ordené, y en cada uno labré un clarín á mi fama.

A los quince ó veinte dias ya yo no me entendia de enfermos, especialmente indios, los que nunca venian con las manos vacías, sino cargando gallinas, frutas, huevos, verdura, quesos y cuanto los pobres encontraban. De suerte que el tio Bernabé y sus viejas, estaban contentísimos con su huésped. Yo y Andrés no estábamos tristes; pero mas quisiéramos monedas; sin embargo de que Andrés estaba mejor que yo, pues los domingos desollaba indios á medio real, que era una gloria; llegando á tal grado su atrevimiento que una vez se arriesgó á sangrar á uno y por accidente quedó bien. Ello es que con lo poco que habia visto y el ejercicio que tuvo se le ajilitó la mano en términos que un dia me dijo: ahora sí, señor, ya no tengo miedo, y soy capaz de afeitar al *Sursumcorda*.

Volaba mi fama de dia en dia; pero lo que me encumbró á los cuernos de la luna fué una curacion que hice [tambien de accidente como Andrés] con el alcabalero, para quien una noche me llamaron á toda prisa.

Fuí corriendo y encomendándome á Dios para que me sacara con bien de aquel trance, del que no sin razon pensaba que pendia mi felicidad.

Llevé conmigo á Andrés con todos sus instrumentos, encargándole en voz baja, porque no lo oyera el mozo, que no tuviera miedo como yo no lo tenia: que para el caso de matar un enfermo lo mismo tenia que fuera indio que español, y que nadie llevaba su pelea más segura que nosotros, pues si el alcabalero sanaba nos pagaria bien y se aseguraria bien nuestra fama; y si se moria como de nuestra habilidad se podia esperar, con decir que ya estaba de Dios y que se le habia llegado su hora, estábamos del otro lado, sin que hubiera quien nos acusara del homicidio.

En estas pláticas llegamos á la casa que la hallamos hecha una Babilonia, porque unos entraban, otros salian, otros lloraban, y todos estaban aturdidos.

A este tiempo llegó el señor cura y el padre vicario con los santos óleos. Malo, dije á Andrés: esta es enfermedad ejecutiva. Aquí no hay medio, ó quedamos bien ó quedamos mal. Vamos á ver como nos sale este albur.

Entramos todos juntos á la recámara y vivos al enfermo tirado boca arriba en la cama, privado de sentidos, cerrados los ojos, la boca abierta, el semblante denegrido y con todos los síntomas de un apoplético.

Luego que me vieron junto á la cama la señora su esposa y sus niñas, se rodearon de mí y me preguntaron hechas un mar de lágrimas: ¡ay señor! ¿qué dice vd. se muere mi padre? Yo, afectando mucha serenidad de espíritu y con una confianza de un profeta, les respondí: callen vds. niñas, ¡qué se ha de morir! estas son efervescencias del humor sanguíneo que oprimiendo los ventrículos del corazón, embargan el cerebro porque cargan con el *pondus* de la sangre sobre la espina medular y la triarqueria; pero todo esto se quitará en un instante, pues *si evacuatio fit, recedet plétora*, “con la evacuacion nos libraremos de la plétora.”

Las señoras me escuchaban atónitas, y el cura no se cansaba de mirarme de hito en hito, sin duda mofándose de mis desatinos, los que interrumpió diciendo: señoras, los remedios espirituales nunca dañan ni se oponen á los temporales. Bueno será absolver á mi amigo por la bula y olearlo, y obre Dios.

Señor cura, dije yo con toda la pedantería que acostumbraba, que era tal que no parecía sino que la habia aprendido con escritura; señor cura, vd. dice bien, y no soy capaz de introducir mi hoz en mies ajena; pero *venia tanti*, digo que esos remedios espirituales no solo son buenos sino necesarios: *necessitate medi* y *ne-*

cessitate praecepti in articulo mortis (1): *sic sic est*, que no estamos en el caso; *ergo, etc.*

El cura que era harto prudente é instruido, no quiso hacer alto en mis charlatanerías, y así me contestó: señor doctor, el caso en que estamos no dá lugar á argumentos, porque el tiempo urge: yo sé mi obligacion y esto importa.

Decir esto y comenzar á absolver al enfermo, y el vicario á aplicarle el santo sacramento de la uncion, todo fué uno. Los dolientes, como si aquellos socorros espirituales fueran el fallo cierto de la muerte de su deudo, comenzaron á aturdir la casa á gritos; luego que los señores eclesiásticos concluyeron sus funciones, se retiraron á otra pieza cediéndome el campo y el enfermo.

Inmediatamente me acerqué á la cama, le tomé el pulso, miré á las vigas del techo por largo rato, despues le tomé el otro pulso haciendo mil monerías, como eran arquear las cejas, arrugar la nariz, mirar al suelo, morderme los labios, mover la cabeza de uno á otro lado, y hacer cuantas mudanzas pantomímicas me parecieron oportunas, para aturdir á aquellas pobres gentes, que puestas los ojos en mí, guardaban un profundo silencio, teniéndome sin duda por un segundo Hipócrates; á lo ménos esa fué mi intencion, como tambien ponderar el gravísimo riesgo del enfermo y lo difícil de la curacion, arrepentido de haberles dicho que no era cosa de cuidado.

Acabada la tocada del pulso, le miré el semblante atentamente, le hice abrir la boca con una cuchara para verle la lengua, le alcé los párpados, le toqué el vientre y los piés, é hice dos mil preguntas á los asistentes, sin acabar de ordenar ninguna cosa, hasta que la señora que ya no podia sufrir mi cachaza, me dijo: por fin, señor, qué dice vd. de mi marido, ¿es de vida ó de muerte?

[1] Como medio necesario para la salvacion y por la obligacion de cumplir el precepto en artículo de muerte. Pero es así que etc.—E.

Señora, le dije: no se de lo que será; solo Dios puede decir que es de vida y resurreccion como lo fué *Lazarum quem resucitavit á monumento foetium* (1), y si lo dice, vivirá aunque esté muerto. *Ego sum resurrectio et vita, qui creidit in me, etian si mortuus fuerit, vivet* (2). ¡Ay Jesus! gritó una de las niñas, ya se murió mi padrecito.

Como ella estaba junto del enfermo, su grito fué tan estraño y doloroso y cayó privada de la silla, pensamos todos que en realidad habia espirado, y nos rodeamos de la cama.

El señor cura y el vicario al oír la bulla entraron corriendo y no sabia á quien atender, si al apoplético ó á la histérica, pues ambos estaban privados. La señora ya medio colérica, me dijo: déjese vd. de latines y vea si cura ó no cura à mi marido. ¡Para que me dijo cuando entró que no era cosa de cuidado, y me aseguró que no se moria? Yo lo hice, señora, por no afijir à vd., le dije; pero no habia examinado al enfermo *methodicé vet juxta artis nos trae praecepta*, “esto es, con método ó segun las reglas del arte;” pero encomiéndese vd. á Dios y vamos à ver.

Primeramente que se ponga una olla grande de agua á calentar. Eso sobra, dijo la cocinera. Pues bien, maestro Andrés, continúe yo: vd. como buen flebotomiano, déle luego luego un par de sangrías de la vena cava.

Andrés, aunque con miedo y sabiendo tanto como yo de venas cavas, le ligó los brazos y le dió dos piquetes que parecian puñaladas, con cuyo auxilio al cabo de haberse llenado dos borcelanas de sangre, cuya profusion escandalizaba á los espectadores, abrió los ojos el enfermo, y comenzó á conocer à los circunstantes y á hablarles.

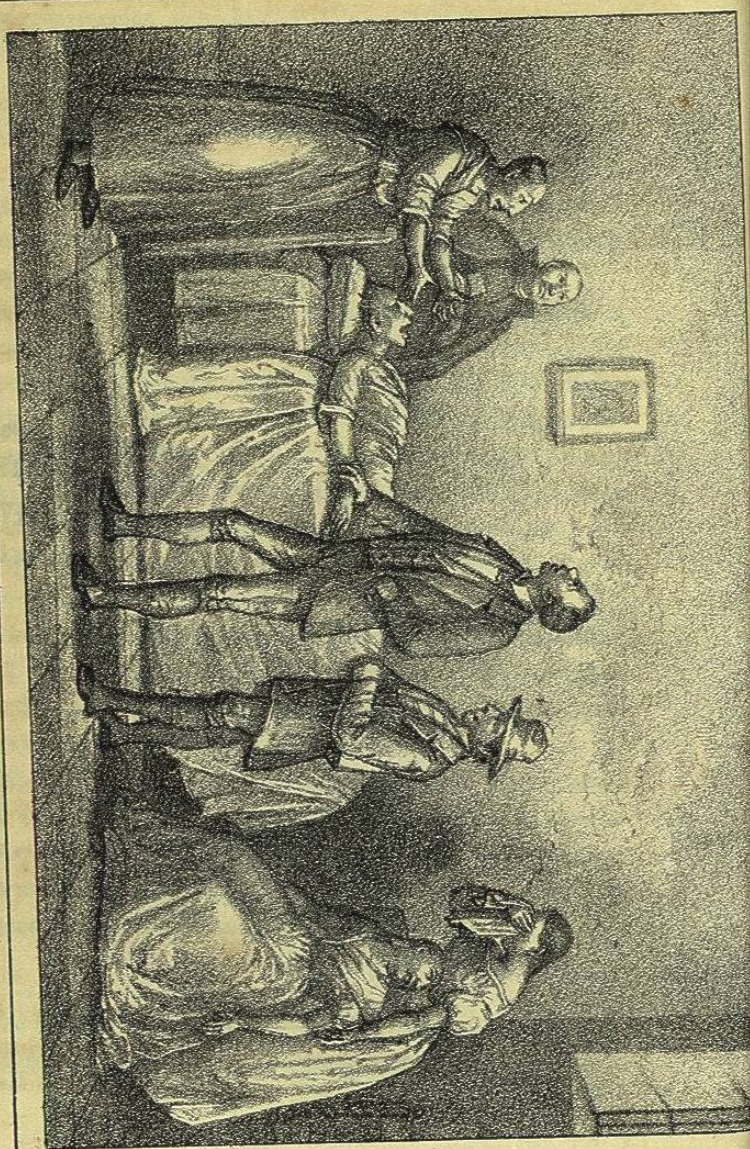
[1] Resucitó á Lázaro ya corrompido del sepulcro.—E.

[2] Yo soy la resurreccion y la vida, y el que cree en mí vivirá, aunque ya esté muerto.—E.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTELEONE, MEX.

e
n
l
r
p
d
h
s
e
v
d
s
h
p
e
E
y
g
ca
de
sa
oj
bl
es

Déjese vd. de latines y vea si cura ó no cura á mi marido.



Inmediatamente hice que Andrés, aflojara las vendas y cerrara las cisuras, lo que no costó poco trabajo: ¡tales fueron de prolongadas!

Después hice que se le untase vino blanco en el cerebro y pulsos, que se le confortara el estómago por dentro con atole de huevos y por fuera con una tortilla de los mismos, condimentada con aceite rosado, vino, culantro y cuantas porquerías se me antojaron; encargando mucho que no lo resupinaran.

—¿Qué es eso de resupinar, señor doctor? preguntó la señora, y el cura sonriéndose le dijo: que no lo tengan boca arriba. Pues tati-ta, por Dios, siguió la matrona, hablemos en lengua que nos entendamos como la gente.

A este tiempo ya la niña había vuelto de su desmayo y estaba en la conversacion; y luego que oyó á su madre, dijo: sí señor, mi madre dice muy bien: sepa vd. que por eso me privé en denantes, porque como empezó á rezar aquello que los padres les cantan á los muertos cuando los entierran, pensé que ya se había muerto mi padrecito y que vd. le cantaba la vigilia.

Rióse el cura de gana por la sencillez de la niña, y los demas lo acompañaron, pues ya todos estaban contentos al ver al señor alcahalero fuera de riesgo, tomando su atole y platicando muy sereno como uno de tantos.

Le prescribí su régimen para los dias sucesivos, ofreciéndome á continuar su curacion, hasta que estuviera enteramente bueno.

Me dieron todos las gracias, y al despedirme, la señora me puso en la mano una onza de oro, que yo la juzgué peso en aquel acto, y me daba al diablo de ver mi acierto tan mal pagado: y así se lo iba diciendo á Andrés, el que me dijo: no señor, no puede ser plata, sobre que á mí me dieron cuatro pesos. En afecto, dices bien le contesté, y acelerando el paso llegamos á la casa, donde ví que era una onza de oro, amarilla como un azafran refino.

No es creíble el gusto que yo tenía con mi onza, no tanto por lo que ella valia, cuanto porque habia sido el primer premio considerable de mi habilidad médica, y el acierto pasado me proporcionaba muchos créditos futuros, como sucedió. Andrés tambien estaba muy placentero con sus cuatro duros, aun mas que con su destreza; pero yo más hueco que un calabazo, le dije: ¿qué te parece Andrésillo? ¿Hay facultad mas fácil de ejercitar que la medicina? No en balde dice el refran, que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco; pues si á este poco se junta un sí es no de estudio y aplicación, ya tenemos un médico consumado. Así lo has visto en la famosa curacion que hice en el alcabalero, quien si por mí no fuera, á la hora de esta ya habria estacado la zalea.

En efecto, yo soy capaz de dar lecciones de medicina al mismo Galeno amasado con Hipócrates y Avicena, y tú tambien las puedes dar en tu facultad de protosangrador del universo.

Andrés me escuchaba con atencion y luego que hice punto me dijo: señor, como no sea todo en su merced y en mí *chiripa* [1], no estamos muy mal. ¿Qué llamas *chiripa*? le pregunté, y el muy socarron me respondió: pues *chiripa* llamo yo una cosa así, como que no vuelva vd. á hacer otra cura ni yo á dar otra sangría mejor. A lo menos yo por lo que hace á mí estoy seguro de quedé bien de *chiripa*, que por lo que mira á su merced no será así, sino que sabrá su obligacion.

Y como que la sé, le dije: ¿pues qué te parece que esta es la primera zorra que desuello? Que me hechen apopléticos á miles, á ver si no los levanto "en el momento," *ipso facto*, y no digo apopléticos, sino lazarinós, tiñosos, gálicos, gotosos, parturientas, tabardillentos, rabiosos y cuantos enfermos hay en el mundo. Tú tam-

(1) Voz de que se usaba en los trucos y despues en el juego del villar, para dar á entender que un lance salió bien por casualidad, y no por destreza del jugador.—E.

bien lo haces con primor; pero es menester que no corras tanto los dedos ni profundices la lanceta, no sea que vayas á trasvenar á alguno; y por lo demas no tengas cuidado que tú saldrás á mi lado no digo barbero, sino médico, cirujano, químico, botánico alquimista, y si me das gusto y sirves bien, saldrás hasta astrólogo y nigromántico.

Dios lo haga así, dijo Andrés, para que tenga que comer toda mi vida y para mantener mi familia, que ya estoy rabiando por casarme.

En estas pláticas nos quedamos dormidos, y al dia siguiente fuí á visitar á mi enfermo que ya estaba tan aliviado que me pagó un peso y me dijo que ya no me molestara: que si se ofrecia algo me mandaria llamar; porque esta es el modito de despedir á los médicos pegostes, ó pegados en las casas por las pesetas.

Como lo pensé sucedió. Luego que se supo entre los pobres el feliz éxito del alcabalero en mis manos, comenzó el vulgo á celebrarme y recomendarme á boca llena, porque decian; pues los señores principales lo llaman, sin duda es un médico de lo que no hay. Lo mejor era que tambien los sugetos distinguidos se clavaron y no me escasearon sus elogios.

Solo el cura no me tragaba; antes decia al subdelegado, al administrador de correos y á otros, que yo seria buen médico, pero que él no lo creia porque era muy pedante y charlatan, y quien tenia estas circunstancias, ó era muy necio ó muy pícaro, y de ninguna manera habia que fiar de él, fuera médico, abogado ó teólogo, ó cualquiera cosa. El subdelegado se empeñaba en defenderme, diciendo: que era natural á cada uno explicarse con los términos de su facultad, y esto no debia llamarse pedantismo.

Yo convengo en eso, decia el cura, pero haciendo distincion de los lugares y personas con quienes se habla; porque si yo predicando sobre la observancia del sétimo precepto, por ejemplo, repito, su

explicacion las voces, de enfiteusis, hipotecas, constitutos, precarios, usuras paliadas, pactos, retrovendiciones y demas, seguramente quere un pedante, pues debo conocer que en este pueblo apénas haesbrà dos que me entiendan; y así debo explicarme, como lo hago en unos términos claros que todos los comprendan; y sobre todo, señor subdelegado, si vd. quiere ver como ese médico es un ignorante, disponga que nos juntemos una noche acá con pretexto de una tertulia, y le prometo que lo oirá disparatar alegremente.

Así lo haremos, dijo el subdelegado; pero ¿y qué diremos de la curacion que hizo la otra noche? Yo diria sin escrúpulo, repondió el cura, que esa fué una casualidad y el huevo juanelo.—¿Es posible?—Sí señor subdelegado: no vé vd. que la gordura y robustez del enfermo, la dureza de su pulso,—lo denegrado de su semblante, el adormecimiento de sus sentidos, la respiracion agitada y todos los síntomas que se le advertian indicahan la sangría? Pues ese remedio le hubiera dictado la vieja mas idiota de mi feligresía.

Pues bien, dijo el subdelegado, yo deseo oir una conversacion sobre la medicina entre vd. y él. La aplazaremos para el 25 de este. Está muy bien, contestó el cura, y hablaron de otra cosa.

Esta conversacion ó á lo menos su sustancia, me la refirió un mozo que tenia el dicho subdelegado, á quien habia yo curado de una indigestion sin llevarle nada; porque el pobre me grangeaba contándome lo que oía hablar de mí en la casa de su amo.

Yo le dí las gracias y me dediqué á estudiar en mis librefjos para que no me cogiera el acto desprevenido.

En este intermedio me llamaron una noche para la casa de D. Ciriaco Redondo, el tendero mas rico que habia en el pueblo quien estaba acabando de cólico. Coje la jeringa, le dije á Andrés, por lo que sucediere, que esta es otra aventura como la de la otra noche. Dios nos saque con bien.

Tomó Andrés su jeringa y nos fuimos para la casa, que la hallamos como la del alcahalero de revuelta; pero habia la ventaja de que el enfermo hablaba.

Le hice mil preguntas pedantescas, porque yo las hacia á miles, y por ellas me informé de que era muy goloso, y se habia dado una atracada del demomonio.

Mandé cocer malvas con jabon y miel, y ya que estuvo esta diligencia practicada, le hice tomar una buena porcion por la boca, á lo que el miserable se resistia y sus deudos, diciéndome que eso no era un vomitorio sino ayuda. Tómela vd. señor, le decia yo muy enfadado: ¿no vé que si es ayuda, como dice, ayuda es tomada por la boca y por todas partes? Así pues, señor mio, á tomar el remedio ó morirse.

El triste enfermo bebió la asquerosa porcion con tanto asco que con él tuvo para volver la mitad de las entrañas; pero se fatigó demasiado, y como el infarto estaba en los intestinos, no se aliviaba el dolor.

Entónces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. En mi vida, dijo el enfermo, en mi vida me han andado por ahí. Pues amigo, le respondí, en su vida se habrá visto mas apurado, ni yo en la mia ni en los años que tengo de médico, he visto cólico mas renuente; porque sin duda el humor es muy denso y glutinoso; pero hermano mio, el clister importa, el clister, no menos que “como la salud única á los vencidos, y si no, no hay que esperar mas;” porque una *salus victis nullan sperare salutem*; y así, “si con el medicamento que prescribe no sana, ocurriremos á lanceta abriendo los intestinos, y despues cauterizándolos con una plancha ardiendo, y si estas diligencias no valen, no queda mas que hacer que pagar al cura los derechos de entierro, porque la enfermedad es incurable,” segun Hipócrates *ubi medicamentum*

non sanat, ferrum sanat; ubi ferrum non sanat, ignis sanat; ubi ignis non sanat, incurabili morbus.

Pues señor, dijo el paciente, haciéndole bajo sus parientes: que se eche la lavativa si en eso consiste mi salud. *Amén dico vobis* contesté, é inmediatamente mandé que se salieran todos de la recámara por la honestidad, menos la esposa del enfermo. Llenó Andrés su jeringa y se puso à la operacion; pero ¡qué Andrés tan tonto para esto de echar ayudas! Imposible fué que hiciera nada bueno. Toda la derramaba en la cama, lastimaba al enfermo y nada se hacia de provecho, hasta que yo, enfadado de su torpeza, me determiné à aplicar el remedio por mi mano, aunque jamás me habia visto en semejante operacion.

Sin embargo, olvidàndome de mi ineptitud, cogí la jeringa, la llené del cocimiento, y con la mayor decencia le introduje el canoncillo por el ano; pero fuérase por algun mas talento que yo tenia que Andrés, ó por la aprension del enfermo que obraba à mi favor, iba recibiendo mas cocimiento y yo lo animaba diciéndole: apriete vd. el resuello, hermano, y recíbala cuán caliente pueda, que en esto consiste su salud.

El aflijido enfermo hizo de su parte cuanto pudo (que en esto consiste las mas veces el acierto de los mejores médicos), y al cuarto de hora ó ménos, hizo una evacuacion copiosísima, como quien no habia desahogado el vientre en tres dias.

Inmediatamente se alivió, como dijo; pero no fué sino que sanó perfectamente, pues quitada la causa, cesa el efecto.

Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fuí à mi posada con Andrés, à quien en el camino le dije: mira que me han dado doce pesos en la casa del mas rico del pueblo, y en la casa del alcabalero me dieron una onza: ¿qué, será mas rico ó mas liberal el alcabalero? Andrés, que era socarron, me respondió:

en lo rico no me meto, pero en lo liberal, sin duda que lo es mas que D. Ciriaco Redondo.

¿Y en qué estará eso, Andrés? le pregunté; porque el mas rico debe ser mas liberal. Yo no lo sé, dijo Andrés, á no ser porque los alcabaleros cuando quieren, son mas ricos que nadie de los pueblos, porque ellos manejan los caudales del rey, y las cuentas las hacen como quieren. ¿No vé vd. que la alcabala que llaman del viento, proporciona una cuenta inaveriguable? Suponga vd. del real ó dos que cobran por cada una de las cabezas que se matan en el pueblo, ya sea de toros ó vacas, ya de carneros ó cerdos, ¿quién les vá á hacer cuenta de esto? Suponga vd. las introducciones de cosas que no traen guías, sino un simple pase por razon de su poco importe, como tambien los contrabanditos que se ofrecen, en los que se entra en composicion con el arriero, y por último aquellos picos de los granos que en alcabalatorio suben mucho al fin del año, pues si un real tiene 12 granos y el arriero debe por la factura 7 granos, se le cobra un real, y si entran 1,000 arrieros, se les cobran 1,000 reales. Esto me contaba mi tío que fué alcabalero muchos años, y decia que las alcabalas del viento valian mas que los ajustes.

En esto llegamos à la posada: Andrés y yo cenamos muy contentos, gratificando à los dueños de la casa, y nos acostamos à dormir.

Continuamos en bonanza como un mes y en este tiempo proporcionó el subdelegado la sesion que queria el cura que tuviera yo con él; pero si quereis saber cual fué, leed el capítulo que sigue: